
CAPÍTULO I.

La madre de Chateaubriand.

I

FELICES los hombres que han tenido una madre virtuosa, inteligente y tierna!

¡Cuán fácil debe serles la práctica del bien!

Cuando veais un hombre honrado, huérfano de madre, saludadle con respeto y admiración, porque ese hombre es dos veces bueno.

Fácil es amar la verdad y la justicia, si nuestra madre nos la ha hecho amar; fácil es amar el deber si nuestra madre nos lo ha poetizado.

El corazón de la madre y el corazón del hijo, se parecen al cielo y al mar, como el cielo y el mar se miran con arrobamiento, truecan sus cristales, retratan sus imágenes, las funden en una sola y se devuelven mi-

rada por mirada, sonrisa por sonrisa, destello por destello y reflejo por reflejo.

Las impresiones recibidas en la infancia por conducto de la madre, se graban en nuestra alma con buril de fuego.

A excepción de esos monstruos de la naturaleza dotados de perverso instinto, todo hombre es lo que su madre quiere que sea. Por eso las madres no deben amamantar á sus hijos en el error, pues nunca alcanzarían éstos la verdad.

La influencia de la madre es un hecho inconcuso, que nadie se atreverá á negar.

Un ilustre médico frances, Monsieur Testelin, afirma ser una verdad fisiológicamente reconocida, que la constitución física de la madre influye más sobre el hijo que la del padre. Monsieur Frariére, lleva más léjos este acerto añadiendo que la influencia maternal empieza á obrar sobre los hijos, moral, física é intelectualmente desde el período de la gestacion. Por tal motivo miéntras la madre lleve en su seno al anhelado sér que vive de su vida, debe proporcionarse dulces y gratas impresiones; debe formar su criterio con sana lógica y su corazón con puros y nobles sentimientos; debe alimentar su fantasía con suaves imágenes, despertar en su conciencia la idea de lo justo que es lo bueno, nutrir su alma de todo lo grande y levantado.

Los griegos, que siempre han profesado la religion de lo bello, introducían en las habitaciones de las mu-

jes que se hallaban en cinta, los mejores cuadros y las mejores estatuas.

¡Hermoso, profundo y filosófico pensamiento que debia producir excelentes resultados!

La influencia maternal deja huellas indelebles sobre nuestro carácter y sobre nuestras costumbres; esto hace indispensable el empeño con que deben esforzarse las madres en corregir sus defectos para que no pasen á sus hijos; por eso todas deben caminar resueltamente con segura planta por la senda de la virtud, guiándoles.

Si á todas las madres no está reservada la dicha de crear hombres eminentes, todas tienen el deber de formar hombres honrados.

¡Desgraciados los séres que han tenido que educarse la conciencia por sí mismos! Observadles: la conciencia de estos séres está sujeta á mil diversas fluctuaciones.

La conciencia formada por nosotros mismos suele tener un carácter vacilante y débil.

La conciencia formada por nuestra madre es fija, vigorosa é inflexible.

La voz de una madre virtuosa deja un eco profundo en nuestro corazón.

No es fácil extraviarse conservando ese santo eco.

Nadie puede reemplazar á la madre la importante mision de educadora de sus hijos. Las institutrices tienden á desarrollar los talentos brillantes que excitan la vanidad, los talentos que producen aplausos en los salones; las madres son más prácticas y procuran

hacer adquirir á sus hijos talentos útiles que sirvan para la vida privada. En la vida interior, en la vida del hogar, es donde más se necesitan esos pequeños talentos que no proporcionan gloria, pero que valen más que ésta, porque nos dan la felicidad.

La institutriz, por buena que sea, opondrá, sin advertirlo, su influencia á la de la madre, y la niña vacilará entre esas dos influencias.

La madre que busca una institutriz á su hija, queda desautorizada ante ella, porque le demuestra que no es apta para educarla.

¡Ilústrense las mujeres con objeto de que puedan educar directamente á sus hijos, sin influencias extrañas!

¡Madres! no feis á manos mercenarias la educacion moral de vuestros hijos, porque os arrebatarán su corazon.

Respetamos á la institutriz y la consideramos un miembro útil á la sociedad; pero en nuestro concepto, la institutriz debe existir únicamente para las jóvenes que no tienen madre; para estas sí, pues no nos cansaremos de recomendar se confie la educación de la mujer á la madre.

Nadie puede formar el corazon del niño cual una madre inteligente y tierna; la madre desarrolla las facultades del alma de su hijo para que la materia no ahogue al espíritu; la madre sabe establecer un perfecto equilibrio entre su vida física y su vida moral.

La madre hace germinar en nuestro espíritu la semilla del amor á lo bello y del amor á la verdad: cultivando estos dos sentimientos podemos salvarnos.

Os preguntamos con Aimé Martin: “¿Dudareis madres de vuestra mision al ver las gratas armonías por las que están los niños unidos á vosotras? la naturaleza, acercándolos á vuestros labios, los acerca á vuestro seno, los despierta á vuestras caricias, quiere que os lo deban todo; de suerte que despues de haber recibido de vosotras la vida y el pensamiento, esos ángeles de la tierra esperan vuestras inspiraciones para creer y amar.”

¡Creer y amar! ¡Dichosos los que creen y aman!

Creer y amar es vivir, porque creer y amar es respirar la vida del sentimiento, es darse cuenta de su sér, es tener el corazon arrullado dulcemente y abrigada el alma contra los hielos de la duda.

Creer y amar es ser bueno.

Solo la madre puede hacernos creer y amar, porque el amor y la fé no se enseñan, se inspiran.

En el corazon de la madre arde siempre la inextinguible llama de la fé; brota constantemente el inagotable manantial del amor.

II

Paulina Susana de Bedée, madre de Chateaubriand, es un ejemplo de esta verdad.

La madre de Chateaubriand, que era piadosa é ilustrada, alimentó el corazon de éste con las verdades de la religion cristiana. Cual Santa Mónica á su hijo Agustin, trataba de acercarle á Dios por todos los caminos, diciéndole: "Nada hay distante de Él: "Chateaubriand fué devoto en su infancia, mas en la juventud, al hallarse separado de su madre, sufrió grandes combates su fé religiosa: los malos libros y los malos amigos le habian pervertido; pero las máximas de su buena madre, aprendidas en la niñez, que solo se habian eclipsado en su memoria temporalmente, volvieron á aparecer más tarde con refulgentes caractéres.

De una lágrima de la madre de Chateaubriand brotó "El Genio del Cristianismo," ese gran libro, uno de los mejores monumentos alzados á nuestra religion. Dios se sirvió de la madre de Chateaubriand para volver á éste á sus deberes.

Escuchad á él mismo, y os convencereis de la verdad de nuestro aserto: dice así:

"El recuerdo de mis extravíos envenenaba los últimos dias de la vida de mi madre; ella encargó al morir á una de mis hermanas tratase de despertar mis sentimientos hácia esa religion en la cual yo habia sido educado.

Mi hermana me envió una carta dictada por mi madre, y tanto me conmovió, que me convertí. Confieso que al reformar mis ideas no he cedido á grandes luces sobrenaturales; mi conviccion ha salido del corazon: lloré y creí."

El "Ensayo histórico sobre las revoluciones" habia causado gran pesadumbre á su madre, por ser una obra llena de excepticismo, de desaliento é impiedad. "El Genio del Cristianismo" fué la refutacion de esa obra, fué un homenaje tributado á la memoria de la que le dió el sér. Esta desde el cielo debió sentir un estremecimiento de alegría.

"El Genio del Cristianismo" es lo que más ha cimentado la gloria del autor de *Atala*, *René* y de las "Aventuras del último Abencerraje." "El Genio del Cristianismo" produjo en Francia una revolucion moral y literaria: él demolió el edificio construido por los sabios enciclopedistas sostenido hacia más de medio siglo por la influencia de Voltaire.

"El Genio del Cristianismo" predicaba unas doctrinas tan consoladoras, respondia tanto á las necesidades de almas combatidas y fatigadas, que todos se dejaron atraer por su suavidad y dulzura.

Esa obra imperó á pesar de los ataques de los revolucionarios, porque ofrecia nuevos horizontes llenos de encanto y poesía, descripciones maravillosas de la naturaleza hechas en grandilocuente estilo, porque encerraba delicadas sensaciones del alma, nobles impulsos del corazon, generosas aspiraciones del espíritu. "El Genio del Cristianismo" convence más que los libros de nuestros mejores teólogos, porque la obra de Chateaubriand fascina la imaginacion despues de haber halagado el corazon.

Ni el mismo San Bernardo en sus tres tratados sobre la virginidad, ha sabido encontrar imágenes más poéticas que las que emplea Chateaubriand para cantar las excelencias de ella.

Chateaubriand busca la belleza en la castidad, y como se inspira siempre en la naturaleza, se enamora del perfume del nardo, del murmurio del arroyo, de los colores del íris y del rayo de luna: porque son castos el rayo de luna, el color, el sonido y el perfume.

Al leer á Chateaubriand pronto se comprende que ha sido educado en el templo de la naturaleza, bajo la direccion de un sacerdote femenino.

Hay en el genio de Chateaubriand la ternura, la delicadeza, la castidad, los pudores del genio de la mujer. Hay en el alma de Chateaubriand algo de la mística exaltacion femenina que el racionalismo no pudo destruir, ni aun en la época en que parecia imperar sobre aquella alma. No consideremos una paradoja este pensamiento suyo: *yo era cristiano, y muy cristiano, cuando me empeñaba en no serlo*. La madre de Chateaubriand era piadosa cual una santa, y como Chateaubriand amaba mucho á su madre, sentia siempre su benéfica influencia.

La piedad de la madre de Chateaubriand nos queda revelada en esta frase de su hijo: "Toda la fama y vano esplendor que ha adquirido despues mi nombre, no hubiera dado á Madame de Chateaubriand un solo instante de orgullo semejante al que tuvo como cristia-

na y como madre, cuando me vió recibir la primera comunión."

Las memorias autobiográficas de Chateaubriand están esmaltadas constantemente con el recuerdo de la autora de sus dias: transcribamos el retrato que de ella nos hace:

"Mi madre estaba dotada de un gran talento y de una imaginacion prodigiosa: se formó con la lectura de Fenelon, de Racine, y de Madame de Sevigné: sabia de memoria el Cyro. Mi madre no era bella, pero poseia gran elegancia de modales. La viveza de su genio contrastaba con la rigidez y la calma de mi padre. Aficionada al bullicio del mundo, tanto como lo era mi padre á la soledad, y vivaracha é impetuosa tanto como frio é inmóvil éste, todos sus gustos eran diametralmente opuestos á los de su marido. Tal contrariedad de genios convirtió su alegría y atolondramiento en una profunda tristeza. Precisada á guardar silencio cuando tenia deseos de hablar, se desquitaba de tal privacion entregándose á una especie de melancolía estrepitosa, que le hacia exhalar hondos suspiros, los cuales eran los únicos que interrumpian la tristeza muda de mi padre."

Tres mujeres ejercieron gran influencia en la vida de Chateaubriand: su madre, su hermana Lucila y su encantadora amiga Madame de Recamier.

Chateaubriand debe á su madre la fé que le inspiró su obra maestra; á Madame de Recamier la resignacion con que soportó los últimos años de su existencia tan

llos de amargura; á Lucila la revelacion de sus facultades literarias. Paseando una tarde con Lucila admirando los encantos de la naturaleza, Chateaubriand le habló de ellos con vehemente entusiasmo, y al oírle exclamó Lucila: "Tú debes pintar estas bellezas que tan bien sabes sentir."

Lucila descubrió que Chateaubriand era poeta: la revelacion de su genio hecha por su hermana le inspiró gran confianza en sus fuerzas, porque él respetaba mucho el talento de Lucila. Desde aquella famosa tarde empezó á confiar al público sus pensamientos.

Lucila era literata, pero no dió ninguno de sus escritos á la prensa: despues de su muerte se encontraron algunos fragmentos autógrafos juzgados por su hermano del siguiente modo: "La elegancia, la igualdad, el idealismo y la sensibilidad apasionada de las páginas de Lucila, ofrecen una mezcla del genio griego y del genio germánico."

La educacion religiosa y artística de Chateaubriand, se debe á dos mujeres: su hermana le formó el gusto literario; su madre le inspiró la fé cristiana.

III

Es indiscutible la influencia de la mujer sobre el hombre y sobre la sociedad.

Francia es el primer pueblo que promulgó la ley sá-

lica, y sin embargo, las francesas son las mujeres que más se han asociado siempre á la vida pública del hombre. Ellas se han vengado en todas épocas de los que las alejaron del trono, reinando sobre las almas.

En Francia, la mujer vive en comunidad intelectual con el hombre: la mujer discute los sucesos del dia, habla de política, de frivolidades, de cosas serias. Las francesas se asocian á los negocios de sus maridos, conocen el estado de su fortuna, saben tantas matemáticas como ellos. En muchos matrimonios podrá existir el aislamiento del corazon, pero jamas existe el del pensamiento: si hay separacion de sentimientos, no la hay de ideas.

La mujer francesa no se resigna á vivir eclipsada; dejadla dirigir el buen tono, formar el buen gusto y las conveniencias, imponer la moda y desenvolver el gracioso arte de la conversacion, y quedará satisfecha; pero no le quiteis el cetro en la vida social, no la relegueis al olvido, porque no sabe soportarlo.

En el reinado de Luis XIII las mujeres figuraban poco, porque este príncipe, un tanto misántropo, las desatendió; mas ellas, al verse heridas en su amor propio, quisieron manifestar que eran temibles, y por eso se las vió en el sitio de la Rochela, y despues crearon la Fronda, que fué una revolucion hecha por las mujeres.

En el sitio de la Rochela una mujer convertida en jefe de los heréticos, defendió esta ciudad contra la actividad del cardenal Richelieu y contra la intrepidez de Luis XIII: esta mujer extraordinaria, que sabia el he-